

Distante por completo del oportunismo y la superficialidad que suelen presidir las obras dictadas por el *marketing* al calor de determinados acontecimientos históricos, el libro de Jozami huye con eficacia de otros peligros que hundan a menudo los trabajos dedicados al marasmo argentino: un psico-sociologismo de andar por casa que apela a ciertos «rasgos nacionales» para explicarlo todo; una crítica cultural carente de anclajes estructurales; una visión particularista que aísla el fenómeno en el espacio y el tiempo.

Por el contrario, hay en Jozami, ante todo, la firme voluntad de analizar con rigor las causas esenciales que han determinado la actual situación del país, lo que lo conduce a rastrearlas en la historia y en los condicionamientos del contexto mundial. Renuncia para ello a la fácil explotación del material anecdótico y a la distribución generosa de adjetivos, que con frecuencia pretenden ocultar la orfandad teórica, y se concentra en la investigación de los nexos estructurales que fueron conformando la fisonomía del presente. Se trata de una indagación fundamentalmente económica, pero que no sucumbe nunca a un determinismo ciego sino que pone de relieve la permanente interacción de los planos político y económico en la corriente central de la historia.

El libro arranca con una crónica pormenorizada de los acontecimientos que tuvieron como eje la

rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 y que provocaron la caída del presidente Fernando de la Rúa y de su *superministro* de Economía Domingo Cavallo, y rápidamente se va remontando con filosa mirada analítica a otros estadios de la historia argentina. Especialmente brillante es la segunda parte, «La era de Menem», que traza una demoledora disección —en los capítulos «La convertibilidad: de la euforia al desastre», «La década de las privatizaciones» y «La política de los noventa o el estertor de un siglo»— de las líneas maestras que llevaron a la hegemonía definitiva del capital financiero sobre cualquier instancia productiva, desarrollo y culminación plena e ilimitadamente perversa de los basamentos establecidos por el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz durante la dictadura militar encabezada por el general Jorge Videla. Minucioso y coherentemente articulado, el análisis ilumina los recovecos de una época que sentó las condiciones de la catástrofe actual del país y que constituyó a su vez la eclosión de las tendencias más negativas de su historia. La serenidad y objetividad con que se estudian el entramado político-económico de esta «era de Menem» y el juego de factores que la explican no mitigan la sensación de asombro que, vista con un mínimo de perspectiva, produce la implacable ejecución de un programa que causó el

colapso de Argentina, la descomposición de su sociedad y su desintegración política. En este sentido, Argentina encarna un ejemplo *pionero* de las consecuencias de la aplicación estricta de la política neoliberal pregonada por el Fondo Monetario Internacional en un país dependiente. Pero no sólo eso. Constituye también un caso insólito de suicidio en masa de sus clases dirigentes y de renuncia definitiva por parte de éstas a desplegar un proyecto independiente de nación, tema axial de la tercera parte del libro, «Argentina, una frustración histórica».

Es en esta ceguera de las clases dirigentes argentinas, que fueron incapaces de articular las bases para un desarrollo industrial independiente y armónico del país, como tempranamente advirtieron Sarmiento y Carlos Pellegrini, donde el autor, apoyándose en trabajos tan valiosos como los de Milcíades Peña y Jorge Sábato, centra en última instancia el origen de una prolongada decadencia que terminó por estallar. Paradójicamente, la rápida y cómoda inserción de la Argentina del último tercio del siglo XIX en el mercado mundial fue a la larga un inconveniente. El país que, gobernado por una oligarquía terrateniente colocaba su inmensa producción agrícola-ganadera en Europa, conoció entre 1870 y 1914 una prosperidad espectacular —en este período, el valor de sus exportacio-

nes pasó de 30 millones de pesos oro a 431 millones—, pero sus enormes excedentes no se destinaron a la financiación de una completa industrialización que le permitiera afrontar la nueva situación mundial que empezó a delinearse durante la Primera Guerra Mundial y se ahondó con el *crack* de 1929. Es entonces cuando comienza a divergir su destino histórico del de naciones como Canadá y Australia, con las que guardaba muchas similitudes. Jozami destaca la debilidad de la industrialización por sustitución de importaciones que se fue estructurando en las décadas de 1930 y 1940, y de la que se intentó con el ingreso de capitales extranjeros en las de 1950, 1960 y parte de 1970. Por sobre todas las tentativas fue prevaleciendo lo que algunos estudiosos caracterizan como *capitalismo de rapiña* por encima de un *capitalismo de producción y desarrollo*, en un proceso que alcanzó su culminación patética y grotesca en la pura especulación financiera de las etapas de los ministros Martínez de Hoz y Cavallo. De paso, el autor derriba algunos mitos, como la supuesta analogía entre el régimen de convertibilidad de la moneda instalado por Domingo Cavallo y la Caja de Conversión que rigió en el país cien años antes, o la existencia de una burguesía industrial absolutamente diferenciada y enfrentada con las burguesías terrateniente y comercial, y señala la responsabili-

dad compartida de todas ellas en el triunfo del capitalismo financiero, que no cayó de repente como un rayo maligno. También consigna la irónica trayectoria del peronismo –del que constata su desintegración–, que de encarnar en sus orígenes un proyecto nacionalista y de capitalismo de Estado pasó a desempeñar con Menem el papel de campeón del neoliberalismo y de liquidador de las empresas nacionales, proceso que contó con la complicidad de su burocracia sindical.

Precisamente por su saludable rigor, este libro invita al debate sobre bases serias. Tal vez falten en su sistemática exposición –sólo afeada por un cierto número de erratas que habrá que depurar en futuras ediciones– algunos desarrollos, como el del tema de la viabilidad del proceso de industrialización en diferentes épocas de la historia argentina, que apenas se sugiere. Pero esto no llega a constituir un reparo. Lo cierto es que se trata de uno de los aportes más completos y penetrantes de los últimos años para el estudio de la realidad argentina.

**Carlos Alfieri**

## Las magnitudes de la crítica

Gustavo Guerrero (1957) practica una crítica literaria moderna y desprejuiciada, selecciona sus objetos de estudio con gran curiosidad y libertad, es consciente de los excesos del estructuralismo y el posestructuralismo, escéptico del tan en boga discurso culturalista, y heredero de la mejor prosa ensayística hispanoamericana. Después de entregar a los lectores esa rigurosa historia de la lírica llamada *Teoría de la lírica\**, Guerrero ofrece *La religión del vacío y otros ensayos\*\**, libro donde revela una sencillez expresiva y una inteligencia orgánica poco común en nuestro idioma. Y es que a su rigurosa voluntad investigativa se une una voluntad comunicativa: el conocimiento se hermana con una cordialidad gratificante.

Crítico literario, sí, pero mejor sería decir ensayista. Para Guerrero la crítica es un ejercicio de diálogo entre la obra literaria y la mirada crítica, pero también entre el texto crítico y el lector. Porque no puede haber buena crítica si no la acompaña

\* *Fondo de Cultura Económica (México, 2000).*

\*\* *La religión del vacío y otros ensayos, Gustavo Guerrero, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.*

una escritura expresiva (incluso rítmica) que consiga comunicar las observaciones y propuestas del investigador. Esto, que parece algo muy obvio, no es fácil de lograr. Quizás por esta razón los ensayos de Guerrero tienen la impronta del escritor que logra ocultar tras una apariencia de sencillez, las complejas articulaciones producto del estudio. Pero no nos equivoquemos: aquí no hay ejercicio de estilismo sino el resultado orgánico de una amplia mirada crítica.

*La religión del vacío* tiene un marco de atención: la literatura y los autores de lengua española. Escritores y poetas cubanos, españoles, peruanos, mexicanos, guatemaltecos o venezolanos recorren las páginas de este libro. Poesía, ensayos, narrativa, diarios son estudiados por Guerrero por medio de aproximaciones diversas: estudios críticos, reseñas o entrevistas. A pesar de esta diversidad, el libro se estructura como un todo unitario y coherente. La lista de los autores estudiados es amplia y diversa: José Balza, Severo Sarduy, Alejandro Rossi, Rafael Cadenas, Juan Malpartida, Arturo Uslar Pietri, Andrés Sánchez Robayna, Lezama Lima, Rodrigo Rey Rosa y muchos otros. Salta a la vista la mirada singular de Guerrero a la hora de estudiar a cada uno de estos autores. Por ejemplo, no atiende al Alejandro Rossi ensayista sino al escritor de ficciones; no al Sarduy de la proli-

feración sino al del vacío, y no al Sánchez Robayna poeta sino al diarista. Ahora bien, esto no se realiza con ningún afán de originalidad. Guerrero no juega el juego de muchos críticos pretenciosos: no cae en la tentación de ir tras el hallazgo. Guerrero atiende a aspectos menos conocidos de la obra de los autores seleccionados, como una forma de ofrecer un sentido mayor dentro del marco de la totalidad de la obra, sin arriesgarse en articulaciones rocamboleras, ni errar en el camino que al fin y al cabo sólo lleva a una exhibición del crítico y no al entendimiento de la obra que se estudia.

Son muchos los ensayos que me gustan de *La religión del vacío*. Entre ellos el que da título al libro. Los lectores de la obra de Severo Sarduy siempre agradeceremos las estupendas aportaciones que Guerrero ha hecho y hace de la obra del cubano. No olvidemos que el venezolano es autor de *La estrategia neobarroca*, uno de los instrumentos más útiles para entender la expresión contemporánea de ese universo de volutas y espejos enfrentados. En esta oportunidad nos ofrece un ensayo que estudia cómo un practicante del barroco (Sarduy) puede unir el lujo churriguesco con las desnudeces inquietantes de Franz Kline; cómo la exterioridad proliferadora de una obra barroca lleva en su seno un vacío generador de expresividad.